



ILUSTRACIÓN: DIEGO RIERA

# DESCENSU AVERNO

MARCEL MORILLO

**E**n la biblioteca de mi tía Augusta encontré un libro cuyas páginas describían prácticas relacionadas con la nigromancia. Me mantuve escéptico al contenido de las primeras hojas, pero mi escepticismo duró poco. Me di cuenta de que aquel polvoriento libro contenía en su interior extraños secretos de magia negra que por momentos me impulsaban a detener mi lectura. Los textos escritos con tinta roja, acompañados de herméticos símbolos e ilustraciones macabras, me transmitían lúgubres pensamientos. El idioma en el que estaba escrito era el castellano, salvo algunos conjuros y rituales siniestros que mantenían su idioma original, una lengua antigua: el latín.

Se me hacía imposible relacionar la magia negra con alguien cercano a mí, pero debo confesar que ese descubrimiento aclaró varias dudas que tenía respecto a mi tía Augusta. Siempre creí que ella

era diferente, que tenía secretos, aunque ese tipo de secretos me parecieron un tanto extremos. Tía Augusta era una mujer callada, su rostro carecía de expresiones; jamás la vi reír o llorar, ni cuando murió el abuelo o cuando mi madre enfermó gravemente; no hubo ni una sola demostración de afecto. Mi madre tenía cincuenta años y mi tía Augusta cincuenta y dos, pero lucía dos veces más joven que su hermana. Sospeché entonces, que ese aspecto juvenil debía tener relación con aquel libro; y mis sospechas cesaron cuando mi tía entró a la biblioteca.

—¿Qué haces con mi libro? —preguntó, sin inmutarse en lo más mínimo.

Mi sorpresa fue innegable. No tuve tiempo de improvisar una excusa que me salvara de tener que explicarle como había entrado allí y por qué tenía su libro en mis manos.

—No respondas, ya es muy tarde. —dijo, acercándose a mí—. Me temo que ya has visto suficiente. Te guste o no, serás parte de mi secta. —Agarró mi mano izquierda mientras abría el libro y pronunciaba unas frases en aquella extraña lengua antigua. Noté cómo mis dedos, meñique y anular, ennegrecieron; y del libro vi salir una sombra que se esparcía lentamente por la habitación.

—*Nox atra cava circumvolat umbra. Mens agitat mole. Latet anguis in herba. Facilis descensu averno*<sup>1</sup>—conjuró. La biblioteca desapareció de nuestra vista y un bosque oscuro cubierto de niebla tomó su lugar. Estábamos en la tierra de los muertos.

Aquel bosque transmitía un ambiente desagradable, era un lugar lleno de ánimas en pena que emitían quejidos de dolor seguidos de un silencio incómodo. Durante esos silencios, Tía Augusta dibujaba con una rama de roble varios símbolos en el suelo mientras pronunciaba *Facilis descensu averno* una y otra vez hasta que de aquellos símbolos salía fuego. *Al fuego las ánimas y a mis manos el fuego*. Sentí como mis palmas absorbían un dolor indescriptible y mis pensamientos poco a poco se transformaban en miseria y desesperación. Entraban macabros susurros en mi mente a la vez que un sudor frío rodeaba mi cuerpo. Permanecí inmóvil hasta que los conjuros de

<sup>1</sup> En latín. De Virgilio: La noche negra nos rodea con su envolvente sombra. La mente mueve materia. La serpiente se oculta en la hierba. Fácil es la bajada a los infiernos.

mi tía cesaron. Entonces las almas se separaron de mis manos y el fuego dejó de quemarme.

—Tu ritual está casi listo —mencionó mi tía, sosteniendo el libro abierto en sus manos—. Solo te hace falta un sacrificio para continuar tu camino como nigromante.

Aquellas palabras seguían siendo ajenas a mi conciencia, pero el ritual a medias del que había sido testigo no podía separarse de mi realidad. Escuché un cuervo entre los árboles; su graznido atrajo a otros cuervos y el sonido de estas negras aves se oyó por todo el bosque.

La otra mitad del ritual comenzó. Cinco ánimas, de las muchas que habían estado en el fuego, adoptaron formas humanas, crearon un pentagrama y empezaron a acercarse lentamente al centro donde nos encontrábamos mi tía y yo. Estaban desnudos y tenían el cuerpo de ancianos decrepitos, con costras en la piel y delgados cabellos blancos que apenas cubrían sus cabezas. Eran tres viejas con pechos colgantes, pocos dientes y largas uñas amarillas; y dos viejos ciegos, con las narices y los penes cercenados a la mitad. Los cinco rostros tenían macabras sonrisas que denotaban deseos oscuros hacia mí. Mis piernas estaban paralizadas; entonces, vi como mi tía sacaba un cuchillo del libro al tiempo que éste se elevaba encima de mi cabeza.

—*Puer habetis aeternam. Mortuus est anima tua*<sup>2</sup> —exclamó mi tía. El cuchillo cortó mis negros dedos. La sangre entró en el libro y el libro se cerró. Cuatro viejos se volvieron polvo y el quinto tocó mi pecho. El tormentoso graznido de los cuervos se convirtió en silencio. Todo a nuestros ojos desapareció. Por un momento sentí como el aire se volvió más denso y un olor a azufre perforó mi nariz hasta desmayarme.

Desperté en la biblioteca, a mi lado estaba aquel libro abierto y en una de sus páginas descubrí mi nombre escrito en sangre.

<sup>2</sup> En latín: Posees la juventud eterna. Tu alma muerta está.